

Visita en El Vedado

(Conversación con Dulce María Loynaz)

por Virgilio López Lemus

A LAS CINCO de la tarde del 24 de julio de 1993, Dulce María Loynaz me había dado cita para charlar en su casa de El Vedado. Allí estaba yo ofreciéndole la edición de la antología de poesía cubana *Ode alla giovane luce*, recién publicada en Italia junto a mi amigo, el poeta de Trieste, Gaetano Longo. Le ofrecería también un fragmento de mi estudio sobre *Jardín*, que se acababa de publicar en una revista local de Sancti Spiritus. Las justificaciones para mi visita eran mínimas, si se recuerda que sólo exactamente tres meses antes el Rey de España, don Juan Carlos, puso en sus manos el Premio Cervantes. En una ocasión, al despedirme, le había dicho: “Dulce María, para mí es un placer visitarla”, y ella me replicó velozmente: “Pues no lo parece, Virgilio, pues usted no se da muy seguido esos placeres”. Decidí entonces dejar constancia escrita de mi próxima visita y así se lo dije. En esos momentos, la Loynaz reinaba sobre sus noventa años con una aparente fragilidad de cristal pronto a quebrarse.

Su conversación, el tono de su voz, no transmitían quiebra alguna, si bien se le notaban pequeñas confusiones de espacio y tiempo digamos que propios de la edad, si no fuera que también nos sucede así a los más jóvenes. Me preguntó sobre mi ocupación investigativa del momento, y le manifesté que me interesaba por la evolución de la décima en toda Iberoamérica. Enseguida recordó una décima que conocía desde su infancia, de tema amoroso, al parecer anónima, que no me permitió copiar.



Dulce María Loynaz (Cuba, Enero 1997) (Foto M. Jauregui)

— ¿Usted nunca escribió alguna, Dulce María?

— *Escribirla, no, nunca. Una vez compuse esta décima que guardo en la memoria...*

La repitió tan perfectamente recordada como la anterior, sólo que esta no era una espinela, sino diez versos octosílabos libres o blancos que:

— *No voy nunca a copiarlos, a pasarlos al papel, porque no deben de quedar entre mis obras; fue un acto de ocasión para una amiga; pero una décima exacta no, nunca la escribí.*

— Es usted una de las pocas poetisas o de los poetas cubanos que no escribió nunca alguna décima.

— *No. No era lo mío.*

— En sus últimos años de vida, Luisa Pérez de Zambrana escribió algunas, de ocasión.

— *Yo ya no escribo versos. Y difícilmente, si los escribiera, ensayaría una décima, pues yo prefiero cierto verso libre que ya usted deberá conocer en mi poesía.*

En ese momento me pidió que le leyera el texto que yo le llevaba sobre *Jardín*. Le indiqué que precisamente deseaba pedirle que me permitiera leerle un fragmento:

— No, Virgilio, léalo todo.

Leí tan lentamente como pude y en voz alta. A veces ella me detenía, para afirmar algo, para darme su aprobación o para decirme que no era bonito escuchar-me como si entre ella y yo hubiese una bruma, una gasa que le impedía ver el movimiento de mis labios. Concluí la lectura abrumado por su aprobación que mucho me gustaría transcribir, si no fuese pedantería. Dulce María quedaba contenta con mi breve estudio sobre su novela y ya eso era suficiente.

— A mí me han dicho personas que la han estudiado así, profundamente, como usted, que mi novela está llena de simbolismos. A la verdad o la verdad es decirle que yo no me lo propuse, cuando la escribía, creo que esa novela brotaba por sí misma.

Claro, sí, algunas cosas me propuse, que no era yo tan ingenua entonces, en cuanto a literatura, pero la crítica me está mostrando ahora cosas que yo no veía en mi texto.

— Es que su novela es muy compleja.

— Sí, lo es, Virgilio. Y cada vez que escucho algo como su interpretación, lo comprendo más.

— Tiene mucha tela por donde cortar. Pero yo también creo que usted no se propuso escribir teniendo en cuenta mitos, por ninguna influencia o lectura inmediata, pues su obra es incluso un poco anterior a los logros de un Camus o de un Faulkner...

— Que entonces yo no leía, no los conocía, por supuesto.

— Se podría hasta escribir un texto acerca de los polos “Civilización” y “Barbarie” en su novela. Rómulo Gallegos escribió *Doña Bárbara* un poquito antes y...

— Bueno, no entiendo qué me quiere usted decir con eso.

— Que incluso el esquema de “ciudad-civilización”, “campo-barbarie” están en *Jardín*...

— Pero yo no tenía nada que ver... *Jardín* no tiene nada en común con Rómulo Gallegos.

— No digo que sea deudora en nada. Me refiero a que su *Jardín* pudiera también ser interpretado como una suerte de “barbarie” agreste, telúrica, que se traga a su personaje, el mismo que ya había hecho vida de ciudad, civilizada, cuando su Bárbara se fue con el marinero...

— Si, ya lo entiendo, ya comprendo lo que me quiere decir y, en efecto, se podría establecer esa relación. Pero yo creo que eso no fue consciente, que yo no intenté entrar en ese asunto que ahora le concedo que es posible relacionar. Pero mire, otras personas han querido también interpretar en mi novela otros símbolos. ¿Recuerda cuando Bárbara, de regreso al jardín y antes de morir, se lleva ambas manos al vientre? ¿Recuerda usted ese gesto? Bueno, pues ¿qué piensa usted que hay en él?

— Tengo mi interpretación a partir de lo mismo que le he leído hoy. A mí me parece que Bárbara-mujer quiere vincular la muerte con el acto de la maternidad. Ahora, allí, era una fuerza matriz y la simboliza con sus manos en gesto como crispado a ambos lados del vientre.

— Eso precisamente me han dicho.

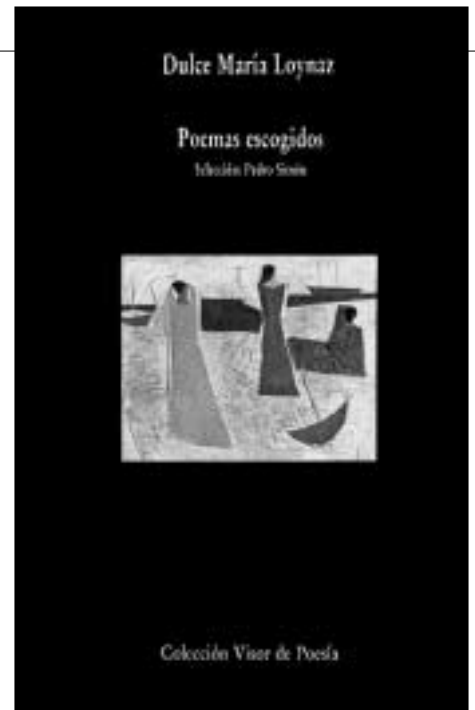
— ¿Se lo han comentado?

— Sí, en conversaciones. No creo que se haya escrito nada sobre esto. Por eso me interesa mucho que usted pueda publicar su ensayo sobre *Jardín*, completo. La interpretación suya es muy sugerente y no se aparta de la verdad. No quiere decir que yo tuviera una clara conciencia de escritura sobre esas cosas.

— Pero tampoco era usted una iletrada, ni mucho menos. Usted sabía lo que estaba ocurriendo en la narrativa de su momento.

— Si y no.

— Esos sí y no quizás dan respuesta de la originalidad de la concepción con que usted trabajó.



— Es la memoria de un jardín, que es el personaje, en el siglo de la velocidad.

— Y mucho más.

— Y mucho más.

Sonrió con cierta picardía, como haciéndome cómplice de algo. Los ojos le brillaron. Hizo un movimiento de brazos y de hombros que quise entender como una simpática confidencia, como de “secreto compartido”.

— Usted se anticipó mucho a Carpentier y al *Boom* en cuanto al empleo de los mitos. Ahora yo recuerdo una novela más reciente que la suya, de otra mujer cubana.

— ¿Sí?! ¿Cuál es?

— Los caballeros de la marea roja, de Loló de la Torriente. Sabe, Dulce María, yo vi cómo Loló concluyó esa novela, con las manos engarrotadas por la artritis, escribiendo con las palmas hacia arriba. Entonces sostenía una bonita amistad con ella; me parece que hasta le fue útil dándole aliento para que la concluyera, tengo esa vanidad...

— ¿Y la terminó?

— Sí, se publicó hace seis u ocho años; ya Loló había fallecido.

— Mi vista no me permite estar al día. Miré, lo que más me molesta es no poder leer, algo que hice durante toda mi vida. Me gustaría leer esa novela de

Loló. Yo la recuerdo a ella, éramos buenas amigas, me visitaba. Pero no sabía que tenía una novela, ¿y cuándo se publicó?

— Hace varios años. Salió por la Editorial Letras Cubanas. Tiene unos pasajes que describen un ciclón de manera muy plástica. Pero esa novela es más política, o politizada y no tiene nada que ver con *Jardín*.

— Creo que ya no la podré conocer. Con mis noventa años qué voy a hacer, llena de males.

— Pero hay que dar gracias a la vida, como hacia la chilena Violeta Parra, porque usted llegó y sobrepasará esa edad rodeada de cariño.

— Eso sí. Lo siento así. Muchas gracias.

— Gracias le damos nosotros a usted; mire, con esas palabras de gratitud le dediqué aquí manuscrita esta antología. [...]

— Muy bonita la dedicatoria, Virgilio. Sé que usted hace muchos años que me aprecia y se lo agradezco.

— Este año serán doce desde que vine por primera vez a su casa, con Clea Solís.

— ¿Y usted lleva esas cuentas?

— Ya le comenté una vez que entre usted y yo hay una suerte de relación extraña. Los primeros poetas que leí conscientemente, durante mi infancia, fueron Casal, Bécquer, Amado Nervo y Dulce María Loynaz. Creo que era una edición de sus *Versos* o se trataba de poemas sueltos en alguna antología. Cuando conocí a Clea Solís, por medio de Samuel Feijóo, le pedí que viniésemos a su casa. Entonces no la recordaban públicamente a usted, o al menos era una escritora que mi generación prácticamente desconocía, así es que yo era algo así como un erudito.

— Sí, usted ha sido un amigo fiel. Y mire otra coincidencia: Casal, Bécquer y Nervo son mis preferidos. A mí Nervo me gusta todavía, ¿qué quiere que haga...?

— Bueno, no es que quiera blasonar de tales cosas amistosas, sino que tengo

ese orgullo, de haberme interesado por usted como poeta antes de este último mar de éxitos que ha tenido. Quizás por eso le guste a usted mi interpretación de *Jardín*, pues está escrita más que literariamente, con entusiasmo y devoción.

— Muchas gracias. A ver, qué es ese libro que trae ahí.

— Son sus *Poesías completas*.

— Démelo para dedicárselo.

— Eso le iba a pedir, por favor. Gracias. Mire si se puede apoyar en este cajón.

— No, no. Yo estoy acostumbrada a escribir sobre las piernas, deme acá: "A Virgilio López Lemus, buen amigo, buen escritor, de quien se complace que así sea. Dulce María Loynaz 27/7/93".

La poetisa se equivocaba en el día: era sólo 24 de julio. Le temblaba la mano y escribió con grandes letras pero no en línea recta. Se dio cuenta que le faltó el "de" en la frase "de quien se complace..." y lo escribió casi encima de la palabra "quién". Le pedí que dedicara otro ejemplar que yo llevaba al poeta Alberto Acosta-Pérez; como ella no lo conocía, me preguntó que por qué no había venido él mismo a solicitarle la dedicatoria; le expliqué que era una sorpresa que quería darle, obsequiándole el ejemplar; entonces escribió: "Para Alberto Acosta este recuerdo que él habrá de conservar. 26/7/93."

— ¿Y usted tiene su ejemplar de *Jardín*?

— Sí, como no; la edición de 1951, dedicada por usted misma, ya muy escrita y manoseada por mí.

— Así tiene que ser, un libro es un instrumento...

— Todavía haré nuevas lecturas.

— No deje de publicar su ensayo sobre esa novela. Yo sé que ahora no tendrá dónde, pero algo habrá que hacer.

— Esperé seis años para que mi texto sobre su poesía saliera en la Valoración múltiple de la Casa de las Américas, la que preparó Pedro Simón, y

yo le aseguro que publicaré este otro texto aunque tenga que esperar mucho más. Ahora. ¿quiere ver con quién está usted en esta antología de Italia?

Dulce María revisa el libro; no lo ve bien y le explico cómo está formado, su color, la razón del título y qué poetas con cuáles poemas están en él.

— Ese poema de *Juegos de agua* que usted incluye, era también el preferido de [desafortunadamente, escapó el nombre]; ella me dijo que fue el motivo de su boda con [...] cuando ella le leyó el poema mío. El era muy tímido y ella le leyó el poema mío; mi poema fue como una especie de catarsis. Se casaron y luego venían aquí a leerme el poema.

— Por cierto que es muy bonita esa historia que tiene detrás suyo esta pequeña joya. Es una obrera maestra, un poema que yo distingo entre los suyos.

— Gracias. A mí también me gusta mucho y a Flor también le gustaba.

— Yo conocí a Flor aquí en su casa, pero muy fugazmente, sólo de vista en una visita que le hice a usted.

— Yo creo que he sido un poco la sombra para la poesía de mis hermanos, por eso a veces me apeno...

— No. Yo pienso que usted arroja luz sobre ellos. Quizás sin usted y su obra, la significación de los Loynaz sería más tenue.

— Flor era una excelente poetisa. Y ya sabe usted lo que pensaba Chacón y Calvo de la poesía de Enri-que, que era de lo mejor de su tiempo. Pero sí, quizás usted tenga razón y el reconocimiento de lo que yo he escrito ayude a recordar a mis hermanos. Ellos eran mayores poetas que yo. Pero yo tuve más suerte, viví más y mi esposo cooperó para que se reconociera lo que yo escribía; él fue quien le dio valor, que yo olvidaba mucho de lo que redactaba.

— Y ahora ha llegado a un grado de reconocimiento que incluso si aparece un papel en el que usted comente cómo se anudaba los zapatos, será publicado.



El poeta bilbaíno Mikel Jauregui posa junto al retrato de Dulce María Loynaz, realizado por el pintor Daniel Ríos.

— *Eso es un horror. No hay que publicarlo todo. Yo escribí unos poemas antes de mis veinte años que no se deben de reproducir...*

— Yo tengo una pequeña discrepancia con usted desde hace años. En la antología *Poesía joven de Cuba*, de Pauli-no G. Báez, de 1922, hay unos poemas suyos que no merecen el olvido, pero de eso ya hablamos hace un tiempo.

— *Yo no los recuerdo bien. Sí, era como la moda entonces, y yo confundía lo chino con lo japonés, en mi ignorancia. Ahora se está investigando todo lo que yo escribí y me sacan unos papeles que son un susto... Imagínese, a veces yo me encuentro con unos papelitos que mi hermana Flor guardaba y que yo le dejaba en cualquier lugar, diciéndole: "Flor, hay puré de papas en la nevera", y ella guardaba con cariño esos papelitos míos, y a mí ahora me da pena tirarlos. Imagínese si a alguien ahora se le ocurre publicar eso, porque tenga mi letra.*

— De José Martí se ha publicado todo en veintiocho tomos; hasta sus telegramas...

— *Es terrible lo que hacen con Martí. No hay que publicar todo lo que un escritor escribe. Hay la poesía luminosa y la que es oscuridad, la que no debe publicarse, pues se le hace un desfavor al autor. Yo espero que esos papeles de Flor no me sobrevivan. Pero ella los guardaba. Enrique, el hermano que me queda, a veces llegaba, él no es un literato, y cuando veía esos papelitos, los rompía, y Flor se quejaba porque era letra mía. Decía que eso valdría mucho en el futuro. ¡Qué imaginación!* [Se refiere a otro hijo del General Enrique Loynaz, fuera del matrimonio con la madre de Dulce María y que, para confusión "garciamarqueña", también se llamó Enrique..., de modo que en un tiempo vivían dos hermanos con el mismo nombre.]

— Yo creo que un autor que no desee que ciertos papeles privados permanezcan, debe destruirlos, pues si no en el futuro se podrá saber dónde guardaba el puré de papas.

— *Yo lo creo también. Habrá que ver si se sigue su indicación, Virgilio.*

— Por si acaso, Dulce María, no rompa usted nada. A lo mejor para un experto del futuro podrá ser interesante hasta conocer que usted comía puré de papas.

— *Muy gracioso.*

— Fíjese que con el Premio Cervantes su obra tomó otra dimensión. No es que no la tuviera antes, sino que con el Premio alcanzó universalidad hispánica indiscutible.

— *Y cómo pasé yo de mal esos días en Madrid. En cama. Salvo el día de la ceremonia. Fue un viaje fatigoso.*

— Ahora, leyendo su cronología, me resultó muy simpático ver que la Academia Cubana a quien primero propuso fue a Regino Pedroso. Seguramente lo propuso usted misma.

— *Sí, yo, para el Premio que no sospeché que luego me darían a mí. Regino lo merecía mucho. El fue el mejor poeta de su generación. Se superó, siendo un albañil de joven, se elevó culturalmente. Yo lo admiro muchísimo. Es un gran poeta. De los mayores de Cuba.*

— Así es la vida. Y se fue sin grandes reconocimientos.

— Bueno, a él la vida no lo acompañó, cuando ya se le comenzaba a proponer...

— Sin embargo, usted ha tenido más suerte. Sólo le falta el Premio Nobel.

— El segundo, pues ese ya lo ganó un cubano..

— No, Dulce María, nunca. Carpentier se aproximó, pero murió antes de que los académicos suecos se fijaran en América Latina de nuevo...

— Pues yo creía que él...

— No. El fue el primer Cervantes de Cuba y el segundo que concedió España, pero no alcanzó el Nobel.

— Sí, lo merecía.

— Usted es la primera mujer de América con el Cervantes.

— Eso parece. ¿No se habrán equivocado?

Se sonríe y dibuja la palabra con un gesto de su mano. No me dio tiempo a responderle.

— Voy a buscar para usted un libro de los hermanos Loynaz.

— No tengo *La hija del General*.

— Bueno, pero ese no lo escribí yo. No hay. Lo buscaré. Llámeme. Repita su visita y búsquelo otro día.

— Si, Dulce María. Yo me había prometido una visita de no más de cuarenta minutos y llevo ya más de una hora y media con usted. Debe estar fatigada.

— No, no. Hoy era un día muerto y usted lo llenó. Se lo agradezco. Ayúdeme ahora a ir hacia esa habitación. Cierreme allí con el perro, para que no se escape. Vuelva, Virgilio, lo espero.

Camina muy lentamente hacia el comedor de la casa. Ella misma cerró la puerta de cristal, pero antes, con la mano, me envió un beso. Un beso de noventa años. Un beso de Dulce María Loynaz.

Esta conversación fue transcrita mientras hablábamos, mediante notas autorizadas por Dulce María Loynaz para tomarlas; por ello, las respuestas son exactas y no extensas, para respetar la fidelidad de las palabras de la escritora.



**Librería
CAMARA**

- Suscripciones • Revistas
- Libros • Importaciones
- Prensa Especializada •

Librería: Euskalduna, 6
Oficina: Euskalduna, 8 - 1º, C.P. 48008 Bilbao

Tfnos.: 944 22 19 45
944 21 77 00 (fax)

DULCE MARIA LOYNAZ nació y murió en La Habana (1902-1997) donde escribió toda su obra literaria, merecedora del Premio Cervantes de 1992, y entre la que descuella su novela *Jardín*. Su *Poesía completa* (La Habana, 1993) demuestra que fue ella una de las más connotadas poetisas latinoamericanas del siglo. Seleccionamos algunos poemas publicados en *Finas redes* (Pinar del Río, 1993), poco divulgados hasta este momento, y que pertenece a un grupo de textos que permanecieron inéditos hasta 1993.

dulce maría loynaz



poemas de

OFICIO DE ÁNGEL

*Para el ángel que tiene rota un ala
hilo una venda;
una venda que suelde un hueso vivo
ceniza y cal de las estrellas muertas.*

*Para el ángel sin alas
—el cercenado de su antiguo cielo—
busco otro cielo para hacerte cuna,
para inventarle alas, otro alero.*

*Para el ángel volando
a plenitud de alas y de cielos,
vencedor de la tierra y burlador del aire
pido un quiebro de azules y de velos,
pido un poco de sangre.*

*Yo sé por qué la pido:
sé que hasta que no duele, no se es ángel.*

CEMENTERIO DE BARCOS

*Echaron —no sé quién y no sé cuándo—
El ancla al mar en esta orilla incierta.*

*Soy un barco inmóvil,
y por tanto tiempo lo he sido
que he perdido
la memoria de rutas y de puertos,
la memoria de que una vez hendía el horizonte.*

*Ahora estoy aquí, quieto,
en un lugar desconocido,
sin otra compañía que otros barcos
inmóviles también o poco hundidos
en el agua aceitosa.*

*Padezco ya la lepra de los escaramujos,
la nostalgia del mar que era mi patria,
y hasta de lo que apenas conocí,
la tierra.*

*Se fueron ya los que por dentro
de mí, movíanse conmigo.*

*Estoy vacío, soy un barco muerto
o sólo vivo en esta dura,
pesada ancla que me amarra
al légamo del fondo todavía.¹*

(1) Fue escrito este poema a raíz de un paseo al que le llevó su hermana (Cerca de Casa Blanca) y que por lo triste del lugar inspiró a la escritora estos bellos versos. [Nota de la edición de 1993] Debe aclararse que la hermana de quien se hace referencia fue la también poetisa Flor Loynaz, fallecida diez años antes que Dulce María. Casa Blanca es un pueblecito marino en la ribera de la Bahía de La Habana; podrá advertirse también parentesco estilístico y de contenidos con el poema *Últimos días de una casa* (1958).